

INÉS PLANA

FUGITIVA



ESPASA

INÉS PLANA

FUGITIVA



ESPASA

© Inés Plana Giné, 2024
© Editorial Planeta, S.A., 2024
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 3.078-2024
ISBN: 978-84-670-7167-2

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Block Print
Impreso en España / *Printed in Spain*



CAPÍTULO I

Dejarse arrollar por el amor. Qué regalo de dioses. No lo había buscado. Apareció y las estrellas enviaron destellos. Fue una orden del cosmos, extraordinaria confabulación. Pero de pronto se apagó el universo. No le dio tiempo siquiera a entender que le acababan de matar. «¿De verdad me está pasando a mí?». Y se acabó. Vio el cuchillo a punto de penetrar en su corazón, no sintió cómo lo atravesaba, fue como un granítico puñetazo en el pecho; luego, todo se tornó oscuro y no se enteró de que cayó desplomado al suelo. Minutos antes caminaba por el parque, no era un paseo, era un encuentro secreto. Había tomado una decisión, era el primer día de una nueva vida, no sabía cómo lo encajaría su madre, pero tenía la esperanza de que lo entendiera, ella siempre estaba dispuesta a entender. Pensaba en matemáticas, calculaba las probabilidades de que todo saliera como había planeado, pero siempre aparecía esa equis, la incógnita de la ecuación. Un año ocultándose los dos cada vez que se encontraban, preguntándoles a las sombras si alguien se había escondido en ellas, comunicándose como espías, eligiendo barrios lejanos para no ser descubiertos. Iba a salvar una vida, pero perdió la suya. Nunca se le ocurrió que habría un sacrificio, que los dioses le darían la espalda tras acompañarlo al altar donde el cuchillo le estaba aguardando.

CAPÍTULO II

La fatalidad quiso fijarse en Rosaura Castán desde bien joven. Era una tarde de julio de 1991, ella tenía quince años.

Entregada al ensimismamiento de la adolescencia, la chica no atendió la advertencia de su madre: «Acuérdate de sujetar a Numo cuando yo vuelva de la compra. Que no se me lance encima cuando llegue». Se le olvidó hacerlo. Cuando el perro de la familia, un pastor caucásico, oyó que llegaba su ama, salió disparado a saludarla y se abalanzó sobre ella mientras subía los peldaños de la casa cargada con bolsas. La madre perdió pie, cayó hacia atrás y se desnucó al estrellarse contra el primer peldaño. Más de una vez la efusividad de Numo les había dado algún susto en aquellos escalones de piedra que antecedían al caserón familiar, de ahí la advertencia de la madre. Esta vez le costó la vida. Fue una tragedia que los sacó fuera de la existencia. Rosaura se encerró en sí misma, solo abandonaba su cárcel emocional para pedir perdón, pero su padre y su hermana le respondían con un mutismo que la mortificaba aún más. No vengaron aquella muerte sacrificando al animal. Lo alejaron de sus vidas y se lo ofrecieron a un amigo de la familia, un ganadero de Laspaúles, un pequeño pueblo de la Ribagorza oscense. El hombre se hizo cargo del animal, se aseguraron de que fuera bien tratado. Nunca más quisieron saber de Numo.

Todo había sucedido en Barbastro, ciudad altoaragonesa, el centro de diecisiete mil mundos, los diecisiete mil habitantes de una tierra de vinos, huertas, almendros, carrasca y olivares. Para sus moradores, el mejor lugar de todos los posibles. Así lo pensaban también los Castán. La familia residía en un viejo caserón con jardín y una huerta. Pepe, el padre, periodista y también poeta en sus ratos libres, era el director de *Nuestra Tierra*, un periódico semanal que informaba sobre todo lo que acontecía en Barbastro y su comar-

ca, la del Somontano. Hijo único, había heredado la casa de sus padres y estos, a su vez, de los abuelos. Construida en medio de huertas conectadas unas con otras por estrechos caminos entre lechugas y tomateras, antaño podría decirse que estaba a las afueras de Barbastro, pero la ciudad había crecido y había alcanzado a aquel antiguo caserón de fachadas blancas y tejado de pizarra. Se lo conocía como «Casa Castán», y en el jardín, aprovechando un terraplén natural, se había construido un mirador rodeado de lavandas, oréganos y tomillos y desde donde se avistaba la sierra de Guara e incluso, en los días de cielo limpio, algunas cumbres del Pirineo aragonés.

La madre de Rosaura, Gema de la Maza, era madrileña. El destino la unió a Pepe Castán durante una boda de amigos comunes en Zaragoza. De belleza delicada, era tan reservada que el cortejo fue un proceso lento: al periodista y poeta le costó varios viajes a Madrid conquistarla, convencido de que el sentimiento amoroso era recíproco, aunque ella no lo exteriorizara con tanta pasión como él, enamorado de un modo profundo, casi místico. Se casaron en Madrid y comenzaron una vida juntos en Barbastro. Gema, que había estudiado paisajismo y nunca estuvo en su mente ser ama de casa, abrió una floristería en la plaza del Mercado, el corazón de la ciudad, una plaza porticada con bellos edificios modernistas que reflejaban un pasado próspero debido al comercio, porque Barbastro era y seguía siendo una ciudad de comerciantes. A Gema se le alababa la exquisitez de sus ramos de novia y aún más sus proyectos para los jardines de los chalés que empezaban a emerger en los alrededores de la ciudad. Mezclaba en ellos el verde de cipreses y álamos, el color de los liliun, las rosas, las adelfas y las magnolias, la belleza de los cerezos y almendros cuando llegaba la primavera. Convertía los solares yermos en vistosos cuadros ejecutados por los pinceles libres de la naturaleza.

Era una mujer con buen gusto, que los barbastrenses traducían como elegancia. Las dos hijas del matrimonio, Rosaura —la mayor— y Beatriz, no heredaron ni las aptitudes poéticas y periodísticas del padre ni la sensibilidad estética de la madre. Estudiaban lo justo, no suspendían, pero rara vez llegaban al notable. Y eran muy diferentes: Beatriz era alta, con cabellos rubios y ojos tan claros que sus iris parecían transparentes, como los de la madre. Su físico contrastaba con el de Rosaura, de tez oscura, grandes ojos

negros y ligeramente rasgados y pelo azabache de diminutos rizos. Era una copia de su padre y también del abuelo Castán, al que llamaban el Moro, aunque todos los ascendentes familiares, hasta donde se sabía, eran oriundos del Somontano. La familia bromeaba con que quizá fueran descendientes de los árabes que fundaron Barbastro en el siglo IX sobre la antigua Barbitania, un asentamiento romano. Rosaura siempre tuvo un físico que la hacía invisible al lado de su hermana. «Qué guapa estás, Beatriz». Casi nunca se referían a ambas en plural por su belleza cuando se encontraban por la calle con gente conocida. A veces se le dedicaba una cortesía: «¿Cómo estás, Rosaura?». Ella era la fea, la rara.

La muerte de Gema expulsó a la familia de cualquier paraíso, incluso de los que solo se soñaban. La madre había sido el corazón a través del cual latían los de su marido y sus hijas, la diosa que gobernaba sus mundos. Pepe Castán recordaría una y otra vez la última conversación mantenida con su mujer tras el desayuno en familia, horas antes de la desgracia. Habían decidido reformar el tejado ese verano y hablaron sobre ello. Fue una charla tan banal que luego al periodista le generaría frustración y desasosiego; cómo iba a saber él que a su mujer le quedaban pocas horas de vida mientras hablaban de tejas y tela asfáltica. Aquel día no comieron juntos, porque Pepe lo haría con un grupo de comerciantes de Barbastro en el mejor restaurante de la ciudad. El periodista presumía de ser buen gastrónomo, se consideraba un sibarita de la buena mesa. Precisamente a la hora de comer fue cuando Gema le advirtió a su hija Rosaura que encerrara a Numo cuando ella llegara. Beatriz había abandonado la mesa antes del postre y se había tumbado en el sofá para echarse una siesta. No oyó a su madre, o eso afirmó tras la tragedia. Solo Rosaura atendió su advertencia, pero la olvidó a los pocos minutos, cuando una amiga la llamó por teléfono y estuvieron charlando alrededor de una hora.

Tras el accidente fatal, Pepe, un hombre simpático y conversador, se convirtió en una persona solitaria y hasta desagradable en el trato. La hija pequeña, Beatriz, trece años cuando perdió a su madre, empezó a beber a escondidas y a dejarse magrear por los chicos. La desgraciada Rosaura, al contrario que su hermana, con la que se llevaba dos años, únicamente salía de casa para acudir al instituto. Le avergonzaba encontrarse con gente por la calle. Se

sentía señalada por la muerte de la madre, pero era una sensación que ella misma había fabricado, porque donde los demás veían una desgracia fortuita, la joven se retrataba a sí misma como una asesina. Cada sonrisa amable y comprensiva de sus vecinos, la traducían como una condescendencia maliciosa. Su realidad deformada la condenaba a un sufrimiento perpetuo.

Las dos hermanas se alejaron de Barbastro cuando finalizaron el instituto y pasaron la prueba de selectividad. Primero lo hizo Rosaura, cuando cumplió los dieciocho, y más tarde Beatriz, que se fue a Barcelona, hizo un curso de Náutica y empezó a ganarse la vida en una empresa de reparación y mantenimiento de veleros. Siempre le había fascinado el mar, desde que se encontró con él por vez primera cuando era pequeña, en Comarruga, localidad del litoral tarraconense donde veraneaba la familia cada agosto hasta que murió la madre. Nunca volvieron. Rosaura estudió Enfermería en Madrid para luego especializarse en cuidados paliativos y acompañar a los pacientes terminales en sus últimos días. Quería estar cerca de la muerte, participando en la ceremonia de despedida, buscando el perdón en los últimos alientos de los demás. El inicio de su nueva vida en la metrópoli fue para ella una liberación, incluso se avino a integrarse en una pandilla de amigas, también estudiantes de Enfermería, con las que salía los fines de semana. Su padre, al igual que había hecho con Beatriz, le abrió una cuenta bancaria donde le ingresaba cada mes el dinero necesario para sus estudios. Pepe Castán se quedó solo en Barbastro, pero no lo lamentaba: tener a sus hijas estudiando fuera le libraba de la carga de atenderlas y estar pendiente de ellas, centrado como estaba en su propio dolor.

Rosaura se atrevió a enamorarse poco después de llegar a la metrópoli, y con diecinueve años se quedó embarazada. El padre del bebé, un estudiante de Económicas, se desentendió de ella. Rosaura se alegró: no lo quería en su vida. Cuando le comunicó la noticia, el joven ya había comenzado una relación con otra chica. Ella siempre sospechó que le era infiel y se sentía capaz de afrontar sola la gestación. Estaba ilusionada; su juventud y el optimismo que genera la animaron al triple salto mortal: proseguir con sus estudios de Enfermería, criar a su bebé cuando naciera y hacerlo sin la ayuda de su familia, aunque su grupo de amigas no la dejó sola ni antes ni después del parto.

Nació Adrián, y la llegada del bebé suavizó la culpa que arrasaba desde que perdió a su madre. No les dijo ni a su padre ni a su hermana que estaba embarazada ni tampoco les comunicó tras el alumbramiento que tenían un nieto y un sobrino. La relación estaba prácticamente rota. Ni siquiera compartían juntos las Navidades, sobre todo porque Pepe Castán dejó de celebrarlas. Las quería pasar en soledad y así se lo manifestó a sus hijas; para ellas, las fiestas navideñas también eran fechas tristes y tampoco hacían mucho por festejarlas. Rosaura hablaba por teléfono con su padre y con su hermana muy de vez en cuando, pero eran conversaciones frías, no les contaba mucho de su vida, tan solo que estaba bien y que sacaba buenas notas curso tras curso. Se habían acostumbrado a ese estado de cosas. En cualquier encuentro sería inevitable revivir la desgracia, y ni Rosaura se veía capaz de afrontar ante los suyos aquel suceso ni, pensaba ella, ellos mostraban interés en recuperar vínculos. Había una amargura que les impedía retomar los afectos, y el hecho de que cada uno viviera en ciudades distintas facilitó el alejamiento. Sin embargo, al año de nacer su hijo, Rosaura decidió anunciárselo a su familia, incluida la noticia de que era una madre soltera. «¿Y lo estás criando sola?», le preguntó su hermana. Cuando Rosaura iba a contestarle, Beatriz le dijo que tenía una llamada en espera y cortó la conversación. «Enhorabuena», la felicitó su padre en un tono que Rosaura definió como indiferencia, sin plantearse que quizá solo fuera la tristeza insuperable por la pérdida de su gran amor.

Pepe Castán ya no escribía poemas y se había convertido en un hombre obeso. El gusto que siempre tuvo por la buena mesa se transformó en un caos dietético. Su hija Beatriz creía que aquello era un suicidio lento, puesto que no parecían preocuparle los problemas de salud que le causaba su glotonería. El padre parecía no temer a la muerte, mientras que su hija Rosaura se llenó de vida cuando llegó Adrián. «Es un niño tan bueno», le decía a Petra, su vecina, que la ayudó desde el momento en que se conocieron; ella y su hijo Ignacio se convirtieron en su familia, en una madre y en un hermano.

«Es un niño tan bueno», seguía afirmando Rosaura cuando Adrián cumplió los dieciocho. Brillante en los estudios y enamorado de los números desde bien pequeño, no le sorprendió a su madre

que decidiera estudiar la carrera de Matemáticas. «Los números tienen vida propia. Me enseñan a entender el mundo, hablan conmigo y yo escucho sus misterios», afirmaba el chico, que ya había ganado dos años consecutivos la Olimpiada de Matemáticas de España. En el primer curso de la carrera comenzó a dar clases particulares a estudiantes casi desahuciados por sus profesores; chicos y chicas que no entendían el lenguaje y la lógica de los números. Adrián les enseñó a comprenderlos, y lo hacía tan bien que ninguno volvió a suspender la asignatura, incluso algunos lograron notas altas. Comenzó con tres o cuatro alumnos y al final llegó a tener veinte. Impartía las clases en grupos, en el salón de la casa. Salía de vez en cuando con amigos, aunque no agotaba las madrugadas: pocas veces llegaba a casa más allá de las doce. No bebía alcohol ni fumaba; tuvo una novia, pero, según le confesó a Rosaura, la relación se malogró porque a él le iban más los números que las discotecas.

—Soy un muermo, pero no pasa nada, tampoco estaba enamorado de ella —le aseguró a su madre, restando importancia al hecho.

—Bah, no estaba a tu altura, olvídala —quiso consolarle ella.

—No seas injusta. A la chica le gusta divertirse, es lo normal. Soy yo el que no encaja —replicó con esa sonrisa suya que a Rosaura le iluminaba el alma.

Le sorprendía que su hijo fuera tan perfecto, cuando ella se sentía un ser fallido. Pero de nuevo irrumpió la fatalidad en su vida: un día Adrián fue asaltado en un parque por un desconocido, que lo mató de una puñalada en el corazón. Tenía veinte años. Rosaura murió también con él, aunque para el mundo siguiera viva. Al día siguiente de la muerte de su hijo, fue detenida y el juez la envió a prisión.